



---

# **CARTA SOBRE LA PREDICACIÓN**

***SAN FRANCISCO DE SALES***

---



2014 Todos los derechos reservados

Prohibida la reproducción total o parcial sin la  
autorización del traductor

**CARTA SOBRE LA  
PREDICACIÓN  
DE SAN FRANCISCO DE SALES**

Texto traducido por Marcelo Escalante, sdb

BOGOTÁ - 2014





# INTRODUCCIÓN

En su primera encíclica, *La alegría del Evangelio* (2013), el Papa Francisco ha invitado a la reflexión sobre temas importantes –incluso críticos- del quehacer de la Iglesia. Entre ellos, se da una especial importancia a la homilía. Con su estilo característico, a este respecto el Papa dice: “los fieles, como los ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar”. No es pues de extrañar que él mismo reconozca una realidad que se vive en muchas parroquias, ya que “son muchos los reclamos que se dirigen en relación con este gran ministerio”. El Papa Francisco dice que ante esto “no podemos hacer oídos sordos”. Compartimos con él esta preocupación.

El ministerio de predicación de la Palabra de Dios es uno de los más importantes de la vida de los ministros ordenados. Tarea sublime. Y aunque pudiera parecerse en algo a la tarea de un orador, la supera ampliamente, pues el predicador no es transmisor de un mensaje cualquiera, sino de la Palabra de Dios. En este sentido, el predicador colabora como ningún otro en la obra de salvación de Cristo en favor de la humanidad. Por ello, la predicación es un arte, un arte divino. Para su efectividad ciertamente están presentes la acción del Espíritu Santo y los dones naturales del predicador; pero también se requiere de una concienzuda preparación. Como cualquier arte, la predicación requiere también de modelos consumados que nos introduzcan y enseñen sus secretos.

Mucho y de diversos modos se escribe hoy sobre este tema. No hemos querido quedar indiferentes frente a esta necesidad, queremos dar nuestro aporte. Entre diversas opciones presentamos la *Carta sobre el*

*predicador y sobre la predicación de San Francisco de Sales.* ¿Por qué traer al presente una carta que data de casi cinco siglos atrás? Vemos la utilidad y pertinencia de este texto en dos razones: 1) Las ideas tan profundas, explicadas de un modo sencillo, válidas hoy como ayer; y 2) Por el renombre y buena fama del autor.

San Francisco de Sales (1567-1622) es uno de los santos más representativos de la historia de la Iglesia. Nacido en el siglo de los grandes titanes de la Contrarreforma Católica, entre nombres tales como Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Felipe Neri, Vicente de Paul, Teresa de Jesús; Francisco de Sales tiene un lugar bien ganado y reconocido. Hombre de un gran ingenio y de corazón aún mayor, es uno de los santos más completos de todos los tiempos. Autor de dos de las obras clásicas de la espiritualidad cristiana, la *Introducción a la Vida Devota* y el *Tratado del amor de Dios*; ha pasado a la inmortalidad no sólo de la literatura religiosa, sino como uno de los representantes más autorizados de su tiempo. Apóstol incansable y victorioso en tierras protestantes, fue presentado como modelo de trabajo evangelizador durante siglos en las más diversas latitudes. Fundador de la academia *florimontanense* y de la *Santa Casa* (una especie de universidad), es reconocido como un alto promotor de la cultura. Director espiritual de cientos, marcó un estilo basado en la libertad del dirigido, en la universalidad y sencillez de su propuesta; y en lo concreto de la devoción. Fundador de la *Orden de la Visitación*, ha dado lugar no sólo a un movimiento espiritual, sino a toda una corriente que hoy se ha expandido a numerosas familias religiosas nacidas, o inspiradas, en su vida, obra y estilo. En vida obtuvo el doctorado tanto en derecho civil, como eclesiástico; después de su muerte, fue reconocido doctor de la Iglesia, ¿su especialidad? El amor y la amabilidad. Podríamos seguir ampliamente la lista para llegar a la misma conclusión, nuestro autor no es sólo un “buen orador”, sino un auténtico gigante de humanidad y santidad. Una de las características más importantes de su persona es la

predicación. Vale la pena conocer el pensamiento de un hombre que ha dejado huella indeleble en la historia.

### *Contexto de la carta*

El destinatario de la carta que presentamos fue Mons. Frémyot, nombrado Arzobispo de Bourges, hermano de Juana de Chantal, cofundadora de la Orden de la Visitación. La carta es una muestra del gran aprecio que tenía Francisco de Sales hacia el nuevo arzobispo. Éste último no gozaba de una gran inclinación hacia el trabajo pastoral, tal vez ni si quiera hacia la vocación episcopal. La carta muestra el interés de Francisco de Sales por ayudar a su amigo.

Al momento de escribir esta larga carta, el autor se encontraba en campo abierto, fuera de la ciudad. Seguramente en los afanes de un “obispo misionero”. No sorprende, por tanto, que el estilo no sea tan exquisito como el de sus otros escritos, ni que las ideas a veces parezcan desordenadas. Por el contrario, no deja de admirar que, aún bajo estas circunstancias, haya podido escribir una obra tan densa en palabras tan sencillas.

### *Nuestra presentación*

No hemos podido encontrar ninguna edición en español de esta carta, de allí el deseo de llenar este vacío. El trabajo que presentamos es la traducción de la edición presentada por K. Ryan, en su libro: *On the preacher and preaching. A letter by Francis de Sales*, que data del 1964. En general a él se deben los títulos y subtítulos del trabajo, los que –lógicamente- no se encuentran en el texto original. Nos hemos permitido el atrevimiento de añadir unos corchetes -[ ]- en los temas que nos parecieron superfluos para nuestro tiempo, no nos hemos

atrevido a recortar el texto para que el lector juzgue la pertinencia o insensatez de nuestro criterio. Al hacer la traducción hemos tratado de ser fieles al estilo del autor, creemos que no lo hemos logrado, pues es uno de los altos costos que se paga al hacer una “traducción de la traducción”. Presentamos nuestras disculpas por ello.

Quisiéramos terminar esta introducción, llamando la atención sobre algunas *anotaciones útiles para la lectura*. 1.) En la carta se habla en general de la predicación, que incluye la homilía pero es más amplia. En aquel entonces no eran extrañas las “misiones” y las “prédicas”, las mismas que no necesariamente incluían la celebración de la misa. De allí que se diga, por ejemplo, que no se deba tardar menos de media hora, o que no se predique sin decir misa antes o después. 2.) La carta fue escrita hace casi medio milenio, en pleno tiempo de la Reforma y Contrarreforma, leámosla y entendámosla en su contexto. 3.) Con frecuencia se habla de la misión y el apostolado del obispo, pero lo que se dice para éste. Perfectamente vale también para el sacerdote y el diácono.

Agradecemos sinceramente al P. Joseph Boenzi, salesiano de la Inspectoría de San Francisco (EEUU), quien nos ha introducido y entusiasmado en el estudio de la vida de Francisco de Sales. Agradecemos también la paciencia del lector y nos encomendamos a su gentil oración.

Marcelo Escalante Mendoza, sdb

(e-mail: [marcelosdb24@gmail.com](mailto:marcelosdb24@gmail.com))

Sales, 5 de Octubre de 1604

Mi Señor:

¡Nada es imposible para el amor! Soy sólo un pobre y tosco predicador, sin embargo, eso es lo que me lleva a compartirle mis ideas sobre el modo correcto de predicar. No sé si es su amor por mí el que conduce esta “agua de la roca” o mi amor por usted el que hace rosas de primavera de entre las espinas. Permítame escribirle estas palabras de amor porque hablo como un cristiano. No vea extraño si es que le ofrezco al mismo tiempo el agua y las rosas. Ambas condiciones son propias de toda enseñanza católica, no importa qué tan mal sean expresadas. Comienzo, pues, y pido a Dios que guíe con su mano este trabajo.

Entonces, para hablar con orden, voy a abordar el tema de la predicación en relación a sus cuatro causas: la eficiente, la final, la material y la formal. En otras palabras, *quién* debe predicar, el *fin* por el cual se ha de predicar, *qué* debe predicar y la manera *cómo* ha de hacerlo.

## I. SOBRE EL PREDICADOR

*Nadie sin las siguientes condiciones debe predicar: vida correcta, buena doctrina y una misión legítima.*

No puedo decir nada acerca de la misión y vocación del predicador, quiénes sino los obispos no tienen sólo esta misión, sino que además es parte de su ministerio. Los otros predicadores tienen sólo la participación de este río. Predicar es su primer y más grande deber, como se dice cuando son consagrados, y ellos deben hacer fructificar esta gracia. En su calidad de obispo, San Pablo exclama: “¡Hay de mi si no predico el evangelio!” El Concilio de Trento dice: “La prédica es la principal obligación del obispo”. Considerar esto debe alentarnos en esta tarea, para lograrla Dios nos asiste de un modo especial. Esto es maravilloso, ¡Qué gran poder tiene la predicación del obispo en comparación con la de otros predicadores! Son abundantes los arroyos que se desprenden y muchos beben de esta fuente.

*Con respecto de la doctrina, ésta debe ser suficiente pero no es requisito que sea extraordinaria. San Francisco de Asís no era un hombre educado, pero fue un buen y gran predicador. En nuestro tiempo, el Beato Cardenal Borromeo poseía sólo una modesta ciencia teológica, pero obró maravillas. Conozco cientos de ejemplos como estos. Un gran hombre de letras –Erasmus– dijo que, el mejor camino para adquirir la ciencia y convertirse en un hombre entendido es enseñar. Uno se hace un buen predicador, predicando. Desearía decir solamente una palabra: *El conocimiento del predicador es siempre suficiente cuando éste no tiene deseo de aparecer como que sabe más de lo que**

*realmente sabe. ¿No somos capaces de hablar del Misterio de la Trinidad? Entonces, no digamos nada sobre ello. ¿No hemos recibido instrucción como para explicar el “en el principio” del Evangelio de San Juan? Entonces, no lo toquemos. No se necesita más que conocer lo más necesario, no tenemos por qué saber de todo.*

*Con respecto a la correcta vida, es un requisito a tal punto que San Pablo mismo la establece como tal (1 Tim 3,2). No hay necesidad mayor para nosotros en orden a ser predicadores, más que obispos. Aquí este requisito ha sido ya bien establecido: “Es necesario que el obispo sea irreprochable” (1 Tim 3.2), dice San Pablo.*

*Sin embargo, quiero además subrayar que el predicador no sólo no debe ser culpable de pecado mortal, sino que además debe evitar algunos pecados veniales. Sí, conviene evitar incluso ciertos actos que en sí mismos no son pecaminosos. San Bernardo, nuestro doctor, dice estas palabras: “pequeñeces que entre la gente común son sólo tonterías, en la boca de un sacerdote son blasfemias”. Una persona que vive en el mundo puede jugar, ir de cacería, o a un evento social nocturno. No hay nada objetable en ello y cuando se hace sólo por recreación no hay pecado. Pero en un obispo y en un predicador, a excepción de las veces que se hacen en ciertas ocasiones que lamentablemente son pocas de encontrar, son escandalosas e incluso muy escandalosas. La gente dice: “La pasan bien. Se divierten y tienen contento su corazón. Después de ello van y predicán sobre la mortificación”. Y así, somos ridiculizados. No digo que uno no pueda tomar parte nunca en alguno de*

estos juegos apropiados, una o dos veces al mes, como recreación, pero deben ser realizadas con suma prudencia.

Ir de caza está completamente prohibido. Y digo lo mismo del *despilfarro de los banquetes, ropa y libros innecesarios*. Entre la gente que vive en el mundo estas cosas son superfluas, pero entre los obispos son pecados graves. San Bernardo nos instruye cuando nos dice: “¿Cómo podremos reprimir las extravagancias del mundo si las mostramos en nosotros mismos”.

San Pablo dice: “Sea el obispo hospitalario”. *La hospitalidad no consiste en dar banquetes, sino en recibir a la gente en la mesa con alegría*. El Concilio de Trento manda: “Sea la mesa del obispo frugal y sencilla”. Acepto la excepción que la prudencia y la caridad fácilmente reconoce.

No debemos nunca predicar sin haber celebrado la misa, o al menos teniendo la intención de celebrarla.<sup>1</sup> De acuerdo con San Crisóstomo, es más que un simple dicho que los demonios temen la boca del que ha recibido la Santa Comunión y es cierto. Creo que podemos decir con San Pablo: “¿Buscan una prueba de que Cristo vive en mí?” (2 Cor 13, 3) Uno tiene mucha más seguridad, fervor y luz cuando se es “luz del mundo” dice el Señor. Es cierto que cuando el Señor está realmente en nosotros, nos hace brillar, pues él es la luz. También, al final a los discípulos de Emaús,

---

<sup>1</sup> En ese tiempo era común hacer “misiones”, que eran predicaciones que no necesariamente incluían la celebración eucarística. Muchas personas iban a las misiones, pero no iban a la eucaristía. Incluso habían sacerdotes que preferían participar o hacer misiones más que celebrar misa.

después de que fueron instruidos, sus ojos se les abrieron. Del mismo modo, nosotros también debemos ir a la Confesión, manteniendo en nuestro interior lo que Dios nos dice, como nos cuenta David: “Pero al hombre débil, Dios le dice: ¿Por qué no recitas mis leyes y profesas mi alianza con tu boca?” (Sal 49, 16) Y San Pablo dice: “Castigo mi cuerpo y lo hago mi esclavo, no sea que habiendo predicado a otros yo mismo termine descalificado” (1 Cor 9, 27). Esto es más que suficiente sobre este punto.

## II. LUZ Y CALOR

El fin es la causa maestra entre todas las cosas. Es el fin el que mueve al agente a actuar, todo agente actúa tanto por un fin y acorde con éste. Es el fin el que determina la extensión de la materia y la forma: de acuerdo con nuestro diseño, para construir una casa grande o pequeña, preparamos los materiales para ello y proveemos para su construcción.

*¿Cuál es entonces el fin por el cual el predicador predica? Su fin e intención debe ser el de hacer que nuestro Señor venga a este mundo y actúe. Lo que Él mismo dice a este respecto es: “Vengo para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Entonces, el fin del predicador es que los pecadores mueran a la iniquidad y que puedan vivir en la justicia, como hombres justos que poseen vida espiritual, “que puedan vivir abundantemente” y hacerse cada vez más y más perfectos. También, como dijo Jeremías, para destruir los vicios y pecados; y edificar y plantar las virtudes y perfecciones. Por*

ello, cuando el predicador se encuentra en el púlpito, debe decir en su corazón: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

*Para alcanzar este plan y propósito, el predicador debe hacer dos cosas: instruir y mover.* Debe dar enseñanza sobre las virtudes y los vicios. Acerca de las virtudes, para hacer que los hombres las amen, deseen y las practiquen. Acerca de los vicios, para hacer que los detesten, se opongan y se escapen de ellos. En síntesis, *el predicador debe dar luz al intelecto y calor al deseo.* Por esta razón Dios envió el Espíritu Santo a los apóstoles en Pentecostés, en forma de llamas de fuego -este fue el día de su consagración episcopal, pues recibieron su ordenación sacerdotal el día de la Última Cena. Por ello, *la lengua de los predicadores debe iluminar el intelecto de los oyentes y calentar su deseo.*

Sé que muchos autores dicen eso, en tercer lugar, el predicador debe dar luz. Yo mismo hago una distinción y digo que hay placer para el que es instruido en el entendimiento y movido en la voluntad. ¿Qué alma no sentirá un gran placer de aprender el camino al cielo de un modo bueno y santo? ¿Qué alma no siente una gran consolación en el amor a Dios? Este placer, sin embargo, no es distinto al que se obtiene de la enseñanza y el movimiento, sino que depende de éstos. Hay otro tipo de placer que no depende de la enseñanza y el movimiento, pero produce un efecto aparte, más aún los evita. Se trata de una especie de cosquillas a las orejas, del cual deriva una especie de elegancia secular, mundana y profana; las que están en arreglo con varias ideas, palabras y frases. En resumen, este

otro placer depende totalmente de artificios. Con respecto de este placer, fuerte y firmemente prohíbo que un predicador lo use. Éste debe ser dejado para los oradores externos, a los del mundo; y a los embaucadores y a los aduladores, que son los que se pueden divertir con eso. Ellos no predicán a Jesús crucificado, sino a ellos mismos.

San Pablo detesta escuchar a quienes tienen “comezón de oír” (2 Tim 4,3) y en consecuencia detesta a los predicadores que quieren satisfacerles. Este deseo es una forma de pedantería. No me gustaría que la gente dijera al final de un sermón: “¡Qué gran orador es! o ¡Qué maravillosa memoria tiene! o ¡Qué culto es! o ¡Qué bien que habla!” Yo prefiero que la gente diga: “¡Cuan hermoso es el arrepentimiento! ¡Qué necesario es! ¡Qué bueno eres, o mi Dios, qué justo!” y cosas similares. O yo preferiría que el oyente, cuyo corazón ha sido tocado, diera testimonio del poder del predicador sólo por su rectitud. “Para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

### **III. LA PALABRA DE DIOS**

San Pablo dice a Timoteo en una frase: “Predica La Palabra”. Nosotros debemos predicar la Palabra de Dios”. “Anuncien el Evangelio” dice el Señor. San Francisco de Asís explica esto cuando ordena a sus frailes predicar acerca de las virtudes del cielo y los vicios del infierno. Allí existe suficiente materia de la Sagrada Escritura para todo, nada más es necesario.

Entonces ¿No hay necesidad de hacer uso de la doctrina o de los escritos de los santos? Por el contrario, es necesario. ¿Qué mejor que la doctrina de los Padres de la Iglesia, excepto el Evangelio, para explicar la Sagrada Escritura vivida? En otras palabras, la diferencia entre la Sagrada Escritura y la enseñanza de los Padres es la que existe entre una almendra entera y una abierta, ésta última puede ser comida por cualquiera. O como un pan entero y uno partido en trozos y distribuido. Por el contrario, además, es necesario hacer uso de esos trabajos, ya que ellos han sido instrumentos utilizados por Dios para comunicarnos la verdad de su palabra.

¿Podemos hacer uso de la vida de los santos? ¿Es que hay algo, sin contar los cielos, más útil o bueno que ellos? Más aún ¿Qué es la vida de un santo sino el Evangelio puesto en práctica? No hay mayor diferencia entre el Evangelio escrito y la vida de los santos que entre la música escrita en las partituras y la música que es cantada.

¿Y qué de los eventos profanos? Son buenos, pero debemos hacer uso de ellos como lo hacemos con los hongos, esto es en pequeñas cantidades y sólo para aumentar el sabor, y para ello deben estar bien preparados. Como San Jerónimo dice, nosotros debemos hacer como los Israelitas solían hacer con la mujer cautiva con quien se querían casar. Es necesario cortarles las uñas y el cabello, es decir, ponerlos por completo -los eventos profanos- al servicio del Evangelio y de la virtud cristiana. Debemos quitar todo lo que es censurable en

lo pagano y profano, “separa lo vil de lo precioso”, como la Sagrada Escritura dice.

¿Y qué de las fábulas (cuentos) dichas por los poetas? De éstas, escoge sólo lo que es más necesario y relevante y dale tal ajuste de contrapeso que todos puedan ver que no tienes el deseo de profesar esas cosas. Todo esto debe ser utilizado del modo más corto posible. Los versos tomados de los poetas son útiles. En ciertas ocasiones son útiles también los escritos de los antiguos, devotos como son, cítalos incluso los últimos -como los de San Bernardo (aunque yo no sé de dónde le procede la ciencia). San Pablo fue el primero en citar a Aratus y Menander. Pero respecto a las fábulas, no conocí ninguna en ninguno de los sermones de los Padres, excepto una única referencia a Ulises y a las sirenas realizada por San Ambrosio en uno de sus sermones. Esta es la razón por la cual yo digo que las uses poco o prácticamente nada. No es adecuado dar lugar al ídolo de Dagon en el Arca de la Alianza.

¿Y qué de la historia natural? Esto es excelente para el mundo, realizada por la palabra de Dios, manifiesta cada parte de la misma palabra. Todas estas partes cantan las maravillas de su creador. Es un libro que contiene la palabra de Dios, pero en un lenguaje tal que no todos pueden entender. Los que lo hacen por el camino de la meditación, hacen grandes esfuerzos para hacerla útil, como lo hizo San Antonio, quien no tenía otra biblioteca sino una de historia. San Pablo dice: “los atributos invisibles de Dios se hacen claramente visibles a través de las cosas que son hechas”.

(Rom 1, 20). Y David dice: “Los cielos proclaman la gloria de Dios” (Salmo 18, 1). Este libro es bueno por las similitudes y por las comparaciones “de menor a mayor”, y por cientos de cosas más. Los antiguos Padres están llenos de ellos y en cientos de pasajes la Santa Escritura dice: “mira a la hormiga”, “como la gallina junta a sus polluelos”, “como busca el siervo las aguas”... y cientos de ejemplos similares.

Sobre todo, el predicador debe estar en guardia contra el relato de falsos milagros, historias tontas, tales como algunas visiones de las cuales hablan algunos bajos autores; o de cosas indecentes que pueden hacer indigno nuestro ministerio por el desdén y la crítica.

Lo anterior es, en mi opinión, de manera general lo que te puedo decir en cuanto al tema. Me falta escribirte *sobre las partes del sermón*.

*En primer lugar, el sermón debe estar compuesto principalmente de pasajes de la Escritura, los cuales verdaderamente deben mantener el primer lugar y constituir el fundamento de la estructura.* En últimas predicamos La Palabra, nuestra doctrina descansa en su autoridad. “Por esto les digo, así dice el Señor”, dice a su vez el profeta. Nuestro Dios mismo asegura que “mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado” (Jn 7,16). Pero en la medida de lo posible, los pasajes deben ser interpretados de un modo muy natural y claro. Ahora, podemos hacer buen uso de la Escritura explicando sus pasajes en uno de los cuatro caminos que los antiguos han indicado: “Las letras enseñan hechos, la alegoría lo que debes creer, la anagogía lo que debes esperar y la tropología lo que debes hacer”. Esta

“copla” no debe ser exagerada en cantidad, pero puede tener cierta poesía y más razón.

*El sentido literal o histórico.*

Así como el sentido literal, la predica debe estar basada en el comentario de los doctores, esto es todo lo que te puedo decir al respecto. Pero, es bueno para el predicador evaluar y pesar las palabras, su pertinencia y su énfasis. Por ejemplo, ayer en la villa explicaba el mandamiento: “Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Con nuestro San Bernardo, yo pensé que *con todo el corazón* quiere decir con determinación, valiente y fervientemente, ya que el coraje pertenece al corazón. *Con toda el alma*, quiere decir con afecto, porque el alma, en la que se encuentra el espíritu, es la fuente de la pasión y de los afectos. *Con toda la mente*, significa espiritual y prudentemente, porque “la mente” es espíritu y la parte superior del alma y a ésta pertenece la discreción y el juicio para tener el celo según la ciencia y discreción. La palabra “diligere” (amarás) viene de “eligo” y naturalmente representa el sentido literal, ya que nuestro corazón, nuestra alma, y su espíritu debe elegir y preferir a Dios sobre todas las cosas. Este es el verdadero amor apreciativo con el cual los teólogos interpretan estas palabras.

[Cuando hay una diferencia de opinión entre los Padres, debemos abstenernos de dar opiniones que puedan ser refutadas, ya que no vamos al púlpito para disputar en

contra de los Padres y Doctores Católicos. No hay necesidad de revelar la flaqueza de nuestros maestros, ni las caídas que ellos realizan como hombres. Sin embargo, podemos correctamente establecer varias interpretaciones, alabando y evaluando a todas ellas una después de las otras, como lo hice en la cuaresma pasada con las seis opiniones e interpretaciones de los Padres y sus palabras. “Digan ustedes: No somos más que siervos inútiles” y con esas otras palabras “No es mío lo que les doy”. Si te interesa, tengo algunas buenas conclusiones sobre cada uno de éstos, pero creo que me quedé con la de Santa Hilaria. Si no lo hice, me equivoqué y no debí hacer así, porque no es una interpretación probable].

### *El sentido alegórico*

Con respecto al sentido alegórico, el predicador debe observar cuatro o cinco puntos. El primero es tomar un sentido alegórico que no sea demasiado exagerado, queriendo hacer que todo sea alegoría. Debe ser utilizado de modo natural, en armonía con el sentido literal, como San Pablo lo hace cuando alegóricamente toma a Esaú y a Jacob para los Judíos y Gentiles, y Sion o Jerusalén para la Iglesia.

En segundo lugar, donde las cosas no son tan similares la una con la otra, no debemos tratarlas como si lo fueran, sino hacer una simple comparación. [Por ejemplo, muchas alegorías interpretan el árbol de enebro debajo del cual Elías dormía en su angustia como una figura de la Cruz del Señor.

Personalmente, yo prefiero presentarlo de la siguiente manera: Como Elías dormía bajo el árbol de enebro, así también nosotros podemos reposar debajo de la Cruz del Señor en el sueño de la santa meditación. Yo no lo haría como algunos lo hacen así: Elías representa al cristiano, el árbol de enebro es la cruz... No me animo a decir que uno significa el otro, por eso prefiero simplemente compararlos. De este modo el discurso es más sólido y menos subjetivo para la crítica].

En tercer lugar, es necesario que la alegoría sea convertida. En este sentido muchos son censurables cuando hacen alegorías de los mandamientos del Deuteronomio, [por ejemplo los del capítulo 25: “Cuando dos hombres se encuentran peleando y la mujer de uno de ellos interviene para salvar a su marido de los golpes de su oponente, si toca al otro en sus partes le cortarás entonces la mano sin misericordia”. Algunos dicen que ella representa el demonio que hizo a la sinagogas despreciar a los gentiles por su origen y porque no son hijos de Abraham. Estos puede tener algo de verdad, pero es impropio en el uso porque pueden levantar imágenes peligrosas en la mente del que escucha].

En cuarto lugar, debemos no hacer alegorías sobre-elaboradas, ya que pierden su poder de persuasión por su longitud y se ven afectadas.

En quinto lugar, la aplicación debe ser realizada de un modo claro y con buen juicio, así como debe ser relatada hábilmente en relación de una parte con la otra.

## [*Anagogía y Tropología.*

Debemos observar las mismas reglas respecto al sentido anagógico y tropológico. De estos dos, el sentido analógico relata historias de la escritura que tendrán lugar en la siguiente vida, mientras que el tropológico relata las que se encuentran en el alma y la conciencia. Te voy a dar un ejemplo que sirve para los cuatro sentidos: “Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas. Un pueblo será más fuerte que el otro, el mayor servirá al menor” (Gn 25,23) En este pasaje se habla de Esaú y de Jacob, literalmente se habla de las dos naciones que se relacionan por la carne, los Idumeos y los Israelitas, y que el menos de los dos, los Israelitas, superaran a la más grande y antigua, que es el pueblo de Idumea, en el tiempo de David.

Alegóricamente, Esaú representa al pueblo judío, el cual fue mayor en cuanto al conocimiento de la Alianza, porque a los judíos se les predicó primero. Jacob representa a los gentiles, que eran más jóvenes, pero sobrepasaron a los judíos.

Anagógicamente, Esaú representa el cuerpo, el cual es mayor, para el cual el alma fue creada primero, el cuerpo fue hecho ambos en Adán y en nosotros. Jacob significa el espíritu, el cual es más joven. En la otra vida el espíritu sobrepasará y dominará el cuerpo, el cual servirá completamente al alma sin ninguna contradicción.

Tropológicamente, Esaú es el que se ama a sí mismo, mientras que Jacob es el amado de Dios en nuestro espíritu. El amor a uno mismo es el mayor, ya que nace con nosotros, el amor de Dios es el menor, porque es adquirido por los sacramentos y la penitencia. Se continúa así hasta que tenemos necesidad de que el amor de Dios se convierta en el maestro, entonces el amor a uno mismo le sire y se hace inferior.

Estos cuatro sentidos proveen gran, buen y elevado material para nuestra predicación y amplían maravillosamente el entendimiento de nuestra doctrina. Por esta razón es necesario hacer uso de ellos, pero bajo las condiciones que he dicho que son requisito para el uso del sentido alegórico].

Luego de los pronunciamientos de la escritura, aquellos tomados de los *Padres y de los concilios* ocupan un segundo puesto. Con respecto a estos, digo solamente que con excepción de muy raras ocasiones, *debemos escoger sólo algunos pasajes cortos, puntuales y muy útiles*. Los predicadores que hacen largas citaciones disminuyen el fervor y la atención de la mayor parte de sus oyentes. También, ellos mismos se exponen al peligro de perder la memoria. Cortas y poderosas oraciones son aquéllas como las de San Agustín: “El que te hizo sin ti, no te salva sin ti”, “El que prometió perdón para los que hacen penitencia, no promedió un tiempo para hacer penitencia”; y otras similares. Nuestro propio San Bernardo tiene un sinfín de pasajes de este estilo. Pero si son bien citadas en Latín, es necesario para obtener

un buen efecto, decirlas también en francés<sup>2</sup> y para darles completo valor repetir las claramente mostrando sus enseñanzas.

### *La apelación a la razón*

Continúan luego los argumentos racionales que una naturaleza noble y una mente buena puede utilizar de manera eficaz. Con respecto a estos argumentos, son más fáciles de encontrar en los doctores, especialmente en Santo Tomás que en ningún otro lado. Ya que han sido bien trabajadas, proveen un excelente material. Si deseas hablar de una de las virtudes revisa lo que dijo Santo Tomás, ve dónde escribió de esa y considera lo que dijo. Encontrarás muchos argumentos que te servirán ampliamente. Finalmente, uno no debe usar material innecesario, a no ser para hacer más clara la explicación, especialmente para los oyentes sencillos.

### *El uso de ilustraciones*

Las ilustraciones tienen un poder maravilloso y añaden un gran sabor al sermón. Para su uso sólo es necesario que sean oportunas, bien expresadas y mejor aplicadas. Es necesario escoger las adecuadas, episodios excepcionales, narrarlas con claridad y distinción y aplicarlas de un modo llamativo. Así como por ejemplo, los Padres lo hicieron con el episodio del

---

<sup>2</sup> Es decir, en la lengua vernácula

sacrificio del hijo de Abraham, para mostrar que no debemos reservarnos para para cumplir la voluntad de Dios. Resaltan todo lo que pueda exaltar la obediencia de Abraham. Él, dicen los padres, era viejo, tenía un solo hijo, el que era muy bueno, sabio y virtuoso; en definitiva un joven digno de un grande amor. A pesar de ello, sin dudar, sin siquiera pronunciar una pequeña queja o vacilación, lo condujo a lo alto de la montaña y estaba listo para sacrificar a su hijo con sus propias manos. De hecho, ellos hacen la aplicación de este episodio de los modos más vivos: “Y tú, ¡Oh Cristiano!, eres tan duro, tan frío, tan lleno de dudas para hacer cualquier sacrificio. No hablamos de sacrificar a tu hijo, o a tu hija, o siquiera tus grandes proyectos, sino una simple moneda para aliviar a algún pobre por amor de Dios, o una sola hora de tu tiempo de tu ocio para servir a Dios, o algún afecto o gusto”.

Pero es necesario estar en guardia para no hacer sinsentidos, descripciones fofas, como lo hacen muchos entendidos. En lugar de proponer la historia con naturalidad y mostrando la enseñanza moral, se dedican a hablar sobre la belleza de Isaac, o sobre el filo de la espada de Abraham, los alrededores del lugar del sacrificio, u otros detalles irrelevantes. Narrándola, no debes ser ni muy breve, de tal suerte que no haga impresión; ni tan largo que aburra.

Debemos cuidar también de no introducir conversaciones entre los personajes de los episodios, a no ser que sean palabras tomadas de la Escritura o al menos muy probablemente tomadas de ésta. [Por ejemplo, en esta

historia, algunos hablan sobre los lamentos de Isaac en el altar pidiendo a su padre misericordia, que lo deje escapar de la muerte; e incluso presentan a Abraham discutiendo con él, lo que atenta contra la resolución que él había tomado. Los que quieren usar las conversaciones para hacer alguna meditación deben observar dos reglas en su predicación: una es observar si éstas descansan sólidamente fundadas o al menos muestran una alta posibilidad de esto; la otra es no darles un amplio espacio, ya que pueden enfriar tanto al predicador como a los que le escuchan.

El ejemplo de los santos es admirable, especialmente de aquéllos que pertenecen al lugar donde uno predica, como San Bernardo para Dijon].

### *Comparaciones*

Nos falta decir alguna palabra sobre el uso de las comparaciones. Tienen una gran eficacia para iluminar el entendimiento y para mover el deseo. Las tomamos de las acciones humanas, pasando de un acto a otro, como, por ejemplo, de lo que los pastores hacen a lo que los obispos y pastores deben hacer. Como lo hace nuestro Señor en las parábola de la oveja perdida. O también cuando las tomamos de la naturaleza, de las plantas y los animales; o de la filosofía, son buenas para todos. Las comparaciones basadas en las cosas ordinarias son excelentes si son cuidadosamente aplicadas, como nuestro Señor hace en la parábola de la

semilla. En ésta, tomada de la vida del campo, hay dos realces si es que ambas –la historia y la aplicación- son buenas; como la comparación que hace la Escritura entre la renovación o el rejuvenecimiento de lo malo con nuestro arrepentimiento.

Hay un secreto, que es la gran ayuda que da al predicador. Tomar nuestras propias comparaciones de determinados pasajes de la Escritura que pocas personas saben reconocer. Esto lo conseguimos por medio de la meditación de las palabras.

[Por ejemplo, cuando David habla sobre el hombre mundano, dice: “Los enemigos han perecido con su ruido”. He sacado dos comparaciones de estas dos cosas que son el perecer y el ruido. Cuando rompemos un vidrio, éste parece haciendo un ruido, incluso cuando es un trozo pequeño. Del mismo modo, el débil parece haciendo un pequeño ruido: los hombres hablan de él en su muerte. Pero así como como el vidrio roto ya no sirve para nada, así del mismo modo, el hombre sin esperanza de salvación permanece perdido para siempre. La otra comparación que hago es la siguiente: cuando a un hombre rico muere, la gente toca todas las campanas y se celebra un gran funeral. Pero cuando pasa el sonido de las campanas ¿Quién reza por él? ¿Quién habla de él? Nadie. Si hablamos de un hombre que no tuvo caridad, sino que realizó grandes escritos, San Pablo dice que es: “metal que resuena”. Nosotros podemos hacer la comparación de la campana que llama a otros a la Iglesia pero que no entra ella misma. Del mismo modo, el hombre

que cumple con ciertos deberes, pero sin caridad, edifica a los demás y les urge al paraíso pero él mismo no entra, sino que se queda fuera.

Para encontrar este tipo de comparaciones, es necesario considerar lo que son las palabras metafóricas, cuando el que escucha es familiar con el ejemplo, sabrá como reconocerla. Por ejemplo: “He recorrido el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón” (Sal 119, 32). Aquí debemos reflexionar sobre el “ensanchaste” y sobre el “recorrido”, ya que ambos han sido utilizados de modo metafórico. Es necesario observar las cosas que se mueven más rápidamente porque están dilatadas, debes encontrar algunas, como los barcos cuando el viento sopla sobre sus velas. Tan pronto hay viento propicio, los barcos dejan el puerto y se adentran en el mar. Del mismo modo los hombres. Cuando tienen el viento favorable del Espíritu Santo entra en nuestro corazón, nuestra alma se mueve y se adentra en el mar de los mandamientos. De hecho, si observas esta regla podrás hacer muchas comparaciones con lo que va de moda. En estas comparaciones debemos observar las propiedades y nunca decir nada vil, bajo o grosero.

Después de todo esto te recomiendo que utilices tanto como puedas, las aplicaciones nacidas de la Sagrada Escritura para un mayor beneficio, incluso cuando no sean acordes con el verdadero mensaje. A este respecto, San Francisco dice que las limosnas son *pan de los ángeles*, porque los ángeles las consiguen por medio de las inspiraciones que realizan, y él

aplica este pasaje: “El hombre comió pan de ángeles”. Con todo, en esto debemos ser muy cuidadosos y restringidos].

### *El método de homilética*

Debemos adherirnos a un método en todas las cosas. No hay nada que sea más útil a un predicador que hacer su predicación más provechosa, y esto place a los oyentes. Digo que este método debe ser claro y evidente, y no de sabidurías ocultas, muchos predicadores piensan que es una gran maestría asegurarse que nadie reconozca su método. Te pregunto ¿Qué tan bueno es un método si es que no se lo ve y el oyente no lo reconoce?

Para ayudarte a este respecto, te expondré cómo aplicarlo cuando desees predicar sobre acontecimientos de la Sagrada Escritura tales como Navidad, Pascua o la Ascensión; e incluso la vida de algún santo en relación con algún texto. Cuando predicamos sobre un hecho histórico, podemos usar uno de los siguientes métodos:

1) Considerar cuántas personas hay en la historia sobre la que quieres predicar y luego sacar algunas reflexiones de cada una de ellas. Por ejemplo, en la Resurrección, veo a la mujer llamada María, los ángeles, los guardias del sepulcro y a nuestro querido Salvador. En María veo el fervor y el cuidado; en los ángeles, la alegría y el júbilo en sus vestimentas blancas y brillantes; en los guardias veo la pequeñez de los hombres que actúan en contra de Dios; en

Jesús, veo la gloria, el triunfo sobre la muerte y la esperanza de nuestra propia resurrección.

2) Uno puede tomar el punto principal del misterio que se celebra y considerar lo que precede y sigue a este punto. La Resurrección fue precedida por la muerte de Jesús y el momento cuando descendió a los infiernos; por la liberación de los que se encontraban en el seno de Abraham y por el miedo de los judíos porque alguien robara el cuerpo. La Resurrección en sí misma se realiza en un cuerpo bendito y glorioso. Lo que sigue es el terremoto, la venida y la aparición de los ángeles, la búsqueda de las mujeres y la respuesta de los ángeles. En todas estas partes está la maravilla del relato y el buen orden del mismo.

3) En todos los misterios podemos considerar los siguientes puntos: ¿Quién? ¿Por qué? Y ¿Cómo? Entonces ¿Quién resucitó? Nuestro Señor ¿Por qué? Por su gloria y la de nuestro Dios ¿Cómo? Glorioso e inmortal; ¿Quién nació? Nuestro Salvador; ¿Por qué? Para salvarnos; ¿Cómo nació? Pobre, desnudo, en un lugar frío, en un establo, como un niño pequeño.

4) Así, progresivamente, de un breve pasaje podemos sacar dos o tres consideraciones. La primera es lo que debemos aprender para construir nuestra fe; la segunda, para incrementar nuestra esperanza, la tercera para inflamar nuestra caridad, la cuarta, para imitar y practicar. En el ejemplo de la Resurrección, por la fe, vemos la omnipotencia de Dios: un cuerpo pasado, ya sepultado se convierte inmortal, impasible y completamente espiritualizado. Vemos

cómo es que debemos creer firmemente en el Santísimo Sacramento, el mismo cuerpo que no ocupa lugar, no puede ser afectado por la fracción de las especies y así es espiritual y al mismo tiempo de presencia real. Para la esperanza, si Cristo fue resucitado, nosotros también resucitaremos, dice San Pablo. Él ha abierto el camino para nosotros. Para la caridad, completamente resucitado, como es, se mantiene en la tierra para guiar e instruir a su Iglesia, y para nuestro bien, retrasó su posesión en el cielo, que es el verdadero lugar de los cuerpos resucitados. ¡Ah, Cuán grande es este amor! Para nuestra imitación, el resucitó al tercer día. ¡Oh Señor! ¿No debemos nosotros también resucitar por medio de la contrición, la satisfacción y la confesión? Él mueve la piedra, venzamos también nosotros cualquier dificultad.

### *Otros métodos*

Cuando deseas predicar sobre un texto, debes reflejar la virtud sobre la que quieres hablar, por ejemplo: “El que se humilla será exaltado”. Aquí es muy evidente que el tema central es la humildad. Sin embargo, hay otros textos en los que el tema central no es tan claro, por ejemplo: “¿Cómo entraron ustedes sin el traje de bodas?” Aquí la virtud es la caridad, pero debes verla cubierta por una prenda, por un vestido nupcial. Cuando has descubierto en el texto la virtud que deseas presentar, puedes reducir tu sermón simplemente a ésta, mostrando en qué consiste esa virtud, sus verdaderas señales, efectos y el significado para quien la practica. Este siempre ha sido mi método.

Hay otro método, el que muestra cómo la virtud es digna de honor, es útil e ilumina, y da satisfacción; estas tres son bondades que todos deseamos. La puedes tratar todavía de otro modo, nombrándola, mostrando los beneficios que la virtud da y los males que el vicio acarrea. Sin embargo, el primer método es más útil.

Cuando tratamos sobre un Evangelio que tiene muchas ideas, es necesario considerar sólo aquéllas en las que quieres hacer énfasis, fíjate a qué virtudes se refiere. Habla brevemente sobre ellas del modo como ya te he indicado para un texto sencillo y luego pasa rápidamente sobre lo demás. Sin embargo, éste modo de abordar un Evangelio que contiene muchas ideas es menos útil. El predicador puede quedarse sólo con unas cuantas, ya que no puede separarlas efectivamente, no puede instruir a sus oyentes como desearía.

Cuando se trata de la vida de un santo el método es distinto. Es bueno decir algo sobre algunos episodios de la vida del santo. Lo que logró, sus virtudes, cómo era su oración, cuáles fueron sus milagros. Es útil presentar cómo peleó en contra del demonio, del mal y la carne; esto es, en contra del orgullo, la avaricia y la concupiscencia. Esta es la perspectiva de San Juan, quien escribe: "Todo lo que es del mundo es concupiscencia". Otra vez, podemos considerar en San Bernardo, el modo como debemos dar honor a Dios en sus santos y el santo en Dios, como demos orar a Dios, a través de la intercesión de los santos. Haciendo de este modo,

hacemos un reconocimiento a la vida de los santos de los que hablamos y les damos el lugar que les corresponde.

Hay muchos caminos para comenzar y después de un poco de práctica, encontrarás otros que te serán más cómodos y mejores para ti mismo. Con respecto al métodos que se mantiene para nosotros, digo que el primer lugar se debe dar a los pasajes de la Sagrada Escritura; en segundo lugar, las pruebas y similitudes; en tercer lugar, los ejemplos que tengan relación con la Escritura; en cuarto lugar, los de la historia profana, pero no es recomendable terminar el discurso con una de éstas. Un discurso sagrado debe ser llevado a término con lo que es sagrado. *Item*, el método quiere decir que desde su comienzo hasta la mitad, un sermón enseña al oyente; y desde el medio hasta el final, lo mueve. Por esta razón los pasajes que tienen más sentimiento deben ser colocados al final.

### *Preparación de los contenidos*

Después de todo esto, debo todavía decirle qué tan necesario es abordar los puntos de su sermón y cómo hacerlo. Por ejemplo, si está hablando sobre la virtud de la humildad y lo tiene preparado de la siguiente manera: 1) en qué consiste; 2) sus características; 3) el modo de adquirirla. Esa es su estructura. Para obtener las ideas, debería ver lo que dijeron otros autores, buscando en palabras como humildad, humillación soberbia, superioridad. Cuando haya

encontrado el material, podría ordenarlo bajo la consigna: ¿En qué consiste esta virtud? Y esforzarse luego en clarificar este punto mostrando en qué consiste el vicio opuesto. Para abordar el segundo punto, podría buscar en temas como *falsa humildad*, *humildad indiscreta* y otras parecidas; así podrá mostrar la diferencia entre verdadera y falsa humildad. Si hay ejemplos de uno y otro, los utilizará bien.

[Autores en los que encontrará abundante material son: San Tomás, San Antonio, el Obispo William de Lión; y también en los sermones de Osorio, Granada, Hilario, Stella, etc.

Me es necesario, darle mi opinión. Entre todos los que han escrito sobre sermones, Diez me complace en mayor grado. Se comporta en buena fe, tiene un espíritu de predicador, enseña con eficacia, sabe explicar los pasajes, ofrece buenas alegorías y similitudes y descripciones vivas, se toma la oportunidad de hablar admirablemente y es muy devoto y claro. Le falta lo que encuentras en Osorio, que es orden y método, ya que éste no lo pasa por alto. Pero creo que al comienzo es bueno que te familiarices con él. Te digo esto no porque haya hecho mucho uso de sus trabajos, ya que no los he visto por un buen tiempo, sino porque creo que de este modo no me equivoco. Hay un español que ha escrito un libro grande llamado “Las alegorías de Sylva”, el cual es muy útil para todos los que lo saben usar, como lo son las Concordancias de San Benito. Esto, creo, es la parte principal de lo que quiero decirte a este respecto].

#### IV. CÓMO DEBEMOS PREDICAR

Señor, a este punto deseo su mayor confianza, más que en los otros, porque no me mantengo con la opinión común, pero lo que digo es muy cierto.

En cuanto a la *forma*, el filósofo dice: dar el ser y el alma a una cosa. *Decir cosas maravillosas, pero sin decirlas bien, es nada. Decir sólo algo pequeño, pero bien dicho es mucho.* ¿Cómo, entonces, debemos hablar cuando predicamos? Debemos tener cuidado de no caer en el “pero-pero”, ni en las largas oraciones de los pedantes, ni en sus gestos, ni en sus aires, ni en sus movimientos. Todas esas cosas son como las plagas de los predicadores. *La prédica debe ser espontánea, digna, valerosa, natural, robusta, devota, seria y ligeramente lenta.* ¿Qué hay que hacer para conseguir una prédica así? Diría que en una palabra, con afecto y devoción, con simplicidad y candor, con confianza y que convenza de la doctrina que enseñamos y de lo que persuadimos. *El arte supremo es no tener arte.* Nuestras palabras deben inflamar, no por los gestos violentos o desenfrenados, sino por el *afecto interior.* *Éste debe emerger más desde nuestro corazón que de nuestra boca.* Debemos saber hablar bien, pero recordar que *el corazón habla al corazón y la lengua habla sólo a los oídos.*

Dije que nuestra predicación debe ser una *acción espontánea*, en contraste con acciones apretadas y estudiadas de los pedantes. Dije *digna* en contraste con los modos rústicos de algunos predicadores que exageran dando puñetazos, patadas e incluso golpean con su estómago el púlpito; gritan

y profieren aullidos que son raros e incluso impropios. Dije *valerosa*, en contraste de aquéllos que tienen cierto temor en su actuar, como si estuvieran hablando a sus padres y no a sus pupilos e hijos. Dije *natural*, en contraste de toda artificialidad y afección. Dije *robusta*, en contraste con las acciones que parecen muertas, delicadas e infectivas. Dije *devota*, para evitar los actos de alabanza viles y mundanos. Dije *seria*, en contraste con aquellos que quieren quitarse el sombrero repetidas veces en frente de la audiencia, o hacer muchos signos de respeto, y muchos pequeños engaños mostrando sus manos o roquetes, o haciendo otros movimientos indecorosos. Dije *ligeramente lenta*, para evitar una cierta brusquedad que divierte los ojos más que llegar al corazón.

Digo lo mismo sobre el lenguaje. Este debe ser claro, simple y natural sin hacer citas del griego, hebreo; ni hacer uso de palabras fantásticas o muy modernas. La estructura debe ser natural, sin frases preliminares u ornamentales. Apruebo decir “en primer lugar”, “en segundo lugar”; de modo que la gente pueda distinguir el orden que se presenta.

Creo que nadie, especialmente el obispo, debe recurrir a la adulación de los que son temporales, sin importar que estén presentes, ya sean reyes, príncipes o papas. Hay algunos modos que el predicador puede usar, por medio de los cuales se puede ganar la buena voluntad de aquéllos a los que se habla. Estoy convencido de que hacemos bien a la gente, lo que es nuestro deseo, cuando comenzamos saludando y bendiciendo, y mostrando nuestro deseo de

ayudarles a la salvación. Lo mismo para los de nuestro propio país. Esto debe hacerse breve y sinceramente, sin demasiadas frases innecesarias. Los primeros Padres y todos aquéllos que han sido fructíferos en su ministerio, se abstenían de toda afección y ornamento mundano. Ellos hablan de corazón a corazón, de espíritu a espíritu, como padres hablando con sus hijos. Nuestros apelativos más comunes deben ser “mis queridos hermanos”, “mi pueblo” (si es que es el suyo), “mi querida comunidad”, o “cristianos que me oyen”.

El obispo debe dar la bendición al final, usando la mitra, y cuando termine debe saludar a la gente. Uno debe terminar con algunas breves pero muy animosas y vigorosas palabras. Apruebo que en la mayor parte de las ocasiones se repita o se recapitule lo que ya se ha dado, después de todo uno dice cuatro o cinco palabras fervorosas, ya sea a modo de oración o de exhortación. Es bueno tener algunas aclamaciones familiares listas para ser pronunciada y usadas con prudencia, tales como: “¡Oh Dios!”, “la bondad de Dios”; “el buen Dios”; “Señor Dios”; “el Verdadero Dios”; “mi Dios”.

Como preparación, estoy a favor de hacerla en la noche, y en la mañana la meditación por uno mismo, preguntándose qué es lo que se desea decir a los otros. Prepararse frente al Santísimo Sacramento tiene una gran eficacia, dice Granada, yo estoy de acuerdo.

Me gusta predicar sobre estas cuestiones desde el amor al prójimo más que desde la indignación hacia ellos, incluso en el caso de los hugonotes (protestantes), a quienes debemos

tratar con gran compasión, sin falsas alabanzas sino con compasión.

*Es siempre mejor que nuestra prédica sea corta más que larga.* A este respecto, este es el momento en el que me corresponde excusarme, pido a Dios que me ayude a corregirme. Prevea que su sermón termine en media hora, sino sería demasiado corto.

Si es posible, no es necesario dar evidencia de insatisfacción, ni si quiera de enojo, como yo hice en la fiesta de Nuestra Señora, cuando hicieron sonar la campana antes de que yo haya terminado. Esto fue un error, sin duda entre mis muchos otros. No me gustan los chistes y familiaridades, están fuera de lugar.

Termino diciendo que *la prédica es la manifestación pública y la declaración de la Voluntad de Dios*, hecha para los hombres por los ministros escogidos para ello, para que instruyendo y moviéndoles al servicio de su Majestad en este mundo, sean salvados para el siguiente.

## V. UN LLAMAMIENTO PERSONAL

Mi Señor, ¿Qué es lo que desea decir a este respecto? Le ruego me perdone. He escrito con pluma ágil, sin poner atención a las palabras o al estilo, movido sólo por el solo deseo de testificar qué tan obediente le soy. No he citado a los autores que utilicé en algunos pasajes porque me encuentro fuera, en el campo, donde no tengo las fuentes a la mano. También, me he citado a mí mismo porque sé que le interesa mi opinión y no la de otros. Ya que me he guiado por este objetivo ¿por qué no habría de expresar mi opinión?

Antes de cerrar esta carta, debo implorarle, señor, que no la deje ver por ningún ojo que sea menos favorable hacia mí que los suyos propios. Añado mi más humilde súplica para que *nunca se deje llevar por ninguna razón que pudiera detenerle o interrumpirle en el oficio de la predicación*. Lo más antes que comience, lo más antes que triunfaré. Predique frecuentemente, esto es necesario para volverse un maestro. Puede hacerlo, señor, debe hacerlo. Tiene una bella voz, suficiente conocimiento, su porte es correcto, su posición en la Iglesia es ilustre. Es la voluntad de Dios, y los hombres lo quieren. Es la Gloria de Dios, es su salvación. Actúe valientemente, señor, y llénese del amor de Dios.

*Sin haber tenido la décima parte de sus talentos, el Cardenal Borromeo predicó, dio buen ejemplo y se convirtió en santo*. No debemos buscar nuestro propio honor, sino el de Dios. Haga que así sea y Dios buscará el nuestro. Comience, señor, de

una vez en cuanto reciba la Sagrada Orden, y otra vez cuando se le administre la Sagrada Comunión. Diga cuatro palabras, luego ocho, luego una docena, hasta que hable por media hora y luego suba al púlpito. *Nada es imposible para el amor.*

Nuestro Señor no le preguntó a San Pedro: “¿Eres elocuente o instruido?” para pedirle que “apaciente sus corderos”, sino que le preguntó: “¿Me amas?”. Bien amar es suficiente para hablar bien. Cuando San Juan se encontraba moribundo, sólo pudo repetir cientos de veces en quince minutos: “Mis hijos, ámense los unos a los otros”. Con ello subió al púlpito. ¡Pero nosotros somos escrupulosos de subir, a no ser que tengamos una maravillosa elocuencia! Que no le importe que la gente hable sobre las grandes habilidades de su predecesor, él también alguna vez empezó como usted.

Pero, señor, ¿Qué desea decir sobre mí que le escribo sobre este simple asunto? El amor no puede mantener el silencio donde los intereses de uno a quien amamos están envueltos. Señor, le he prometido fidelidad y una vez más me ratifico como su fiel y devoto siervo. Vaya, señor, al encuentro de su rebaño, desearía que me fuese posible apresurar mi presencia para asistirlo allí, como tuve el honor de hacerlo en su primera misa. Le acompaño con mis oraciones y deseos. Su gente está esperando para verlo, y para ser vista una y otra vez por usted. Al comienzo le darán el juicio que quedará después. Comience en temprana hora a hacer lo que siempre hará. ¡Qué edificados estarán cuando le vean con frecuencia en el altar, ofreciendo el sacrificio por su

salvación, y junto con sus sacerdotes, trabajando por su bien, mostrándoles desde el púlpito la “palabra de la reconciliación” y predicándoselas!

Señor, nunca me encuentro en el altar sin recordarlo ante el Señor, y seré más que feliz si soy digno de ser recordado alguna vez en su memoria. Soy, y a lo largo de mi vida seré, de corazón, alma y espíritu, suyo.

Su más humilde siervo y su último y más obediente hermano,

Francisco, Obispo de Ginebra

5 de Octubre, de 1604

Pdta. Me sentí avergonzado al releer esta carta, y si pudiera hacerla más corta la reescribiría. Sin embargo, tengo mucha confianza en su buen deseo que aquí es, señor, como es. Por amor a Dios, manténgame siempre en su amor, y considéreme como su completo siervo como hombre viviente, ya que lo soy.

